

Galardón Camino Real

Señor Ministro de Educación, Cultura y Deporte, Rector Magnífico de la Universidad de Alcalá, Alcalde de Alcalá de Henares, Embajadores, Presidente y miembros del Consejo Asesor, Director e Integrantes del Consejo Académico del Instituto Franklin, Autoridades, Señoras y señores.

En este tipo de actos, en algunas ocasiones por razones de un falso pudor, en otras tratando de esconder ciertos conatos de vanidad, se hace aconsejable no hablar de uno mismo, es por esto que he decidido hablaros de Antonio Banderas que es un señor que desde hace algún tiempo me acompaña y con el que siempre estoy de acuerdo. He de confesar que le tengo cariño, quizás debido al tiempo que hemos pasado juntos y a la cantidad de aventuras en las que nos hemos visto envueltos. A veces somos confundidos por la gente, pero aquellos que nos conocen bien saben distinguir perfectamente entre José Antonio Domínguez, varón, nacido en la bella ciudad de Málaga, en un caluroso 10 de agosto de 1960 y Antonio Banderas, nacido mucho tiempo después, bajo los creativos y locos años de la movida madrileña.

Que Antonio Banderas fue solo una creación de José Antonio Domínguez es discutible, porque creo entender que fueron muchas las personas, circunstancias, eventos, e incluso países que, de una manera u otra, añadieron las piezas y retales que le dieron forma a este individuo virtual que tanto se me parece. Espero que me sepan disculpar si en algunos momentos hablo de ambos como si de terceras personas se tratase. Soy consciente de que esto pueda resultar complicado de entender, pero he de admitir que me resulta más confortable a la hora de confesar errores o de agitar alguna oreja cortada. Así que me situaré durante los minutos largos de este discurso breve, en un punto equidistante que me permita observarme a mí mismo con ese humor del que hablaba Eduardo Mendoza hace solo unos días al recibir de Su Majestad el Premio Cervantes.

Establezcamos pues, para no aburrir, solo un par de diferencias entre estos dos yos.

Por ejemplo: José Antonio Domínguez pertenece a una familia relativamente normal desde el punto de vista del número de miembros de ésta: padre, madre, solo un hermano, unos cuantos primos y primas, unos cuantos tíos y tías, unos cuantos sobrinos y ya está.

Antonio Banderas, sin embargo, y sobre todo desde que obtuvo algún éxito cinematográfico tiene –y créanme que no exagero- cientos y cientos de primos, montañas de tíos, ríos de sobrinos y legiones de íntimos amigos que saben más de él

que él mismo. Aunque los que más aseguran saber de mí son lo que se autoproclaman mis enemigos. De momento pocos, también he de decirlo.

José Antonio Domínguez solía caminar por las calles de forma anónima, fundiéndose con la multitud, entrando y saliendo de tiendas, museos o bares con la sensación de ser todos.

Antonio Banderas es perseguido por un rumor que se mueve unos dos o tres metros tras él. El rumor es su propio nombre suspirado: 'Es Antonio Banderas', 'No, no es, Antonio Banderas es más alto', 'Te digo que es él', 'Y yo te digo que no'. 'Antonio'. Antonio se vuelve '¿lo ves cómo es?. Un selfie porfa'.

Pero la verdad es que lo que se pierde por un lado se gana por el otro. Lo que perdió José Antonio lo ganó Banderas y viceversa. Al tímido y soñador se le unió el audaz, el que se aventuró por caminos reales, el conquistador de terrenos inexplorados, el rey del mambo.

Yo supongo que el reconocimiento que se me ofrece hoy va más a manos de Banderas que de José Antonio, pues él fue el que habló de su tierra con pasión, el que la describió en foros lejanos como tierra soñada, el que, a pesar de todo lo que ha caído, sigue diciendo que España es sinónimo de oportunidad y de futuro, el que soñó en voz alta con un espacio de libertad que llevaba el nombre de nuestra tierra y lo proclamó.

Pero yo creo que Banderas compartirá parte de este premio con su otro yo, con José Antonio Domínguez, porque éste hizo algo muy importante, éste no olvidó. No olvidó de dónde vino, no olvidó su tierra, ni su aire, ni su cielo, ni su mar, y en no olvidar reside parte de su esfuerzo diario por ser coherente. Piensa éste que es tan importante recordar lo que somos y fuimos, como también lo es el ir añadiendo dosis de generosidad, de tolerancia y, si me apuran, de perdón a los recuerdos, porque todos somos muy buenos y todos somos muy malos dependiendo de las circunstancias y de nuestra capacidad para afrontarlas. Y para mantener un discurso de amor a tu patria creíble tiene uno necesariamente que pasar este discurso por el a veces muy doloroso sentido crítico agudo y profundo. Esta parte, a veces dura y rocosa, siempre fue asumida por José Antonio, quizás por ser más viejo que Banderas, aunque el niño que lleva dentro y que nunca mató, no le permite que ese sentido crítico se transforme en cinismo, en negatividad o en callejón sin salida.

Creo que José Antonio Domínguez le enseñó a Banderas a mirarse al espejo con cautela, porque muy tempranamente se percató de lo fácil que resultaba convertirse en aquello mismo que uno critica.

Los dos hablan a borbotones, escriben a borbotones y viven a borbotones. A veces de forma contradictoria...Es por esto que este discurso bipolar y esquizofrénico no termina de despegar del todo, porque está escrito en medio de las negociaciones entre mis ambos 'yos', en un momento de mi existencia en el que me debato entre el continuismo o la reinención. Creo que ganará la segunda de las opciones y lo hará no solo porque es la más romántica sino porque mi cuerpo me ha aconsejado un cambio

de estrategia, un nuevo plan que incluya el reconocimiento intrínseco e irrefutable de que el tiempo pasa, que a pesar de mi resistencia obstinada a aceptar esta evidencia, hoy sé que la naturaleza es una dictadura implacable en la que uno tiene poco que decir, entre otras cosas porque ha quedado suficientemente demostrado que la muerte es poco democrática.

Pero Banderas descubrió en algún momento, que existen posibilidades de no morir del todo, de que parte de su energía quede de alguna manera atrapada en algún lugar, quizás en el recuerdo de alguien que, mirándole con buenos ojos, vio en él alguna verdad incuestionable escondida tras una sonrisa de la que él no era consciente, o en una mirada, o en un gesto, quizás esto fue observado mientras Banderas se asomaba a una pantalla de cine, ese muro o balcón donde se congela el tiempo y los sentimientos se derraman. Sí, cree Banderas que es posible que queden semillas de lo que uno fue, hizo y dijo. Lo cree porque él ha disfrutado, aprendido, reflexionado, reído y llorado agarrado de la mano de esos compatriotas universales que desplegaron las alas y se lanzaron al vacío para enseñarnos que es posible volar. Esos siempre viven, esos siempre están, aunque en algún momento podemos pensar que no lo suficiente.

A veces nos olvidamos de ellos y al hacerlo nos olvidamos de nosotros mismos. Créame cuando les digo que no es la ambición de Banderas tanto el convertirse en uno de ellos como el recordar y hacer recordar la extraordinaria vida presente que existe dentro de cada uno de estos hombres y mujeres del pasado. '¿Y no es eso un país?' se ha preguntado cientos de veces Banderas, mientras deambulaba por las calles de Nueva York o Los Ángeles, sintiéndose soñador en un país de soñadores que se dan permiso para soñar. Con la visión panorámica y objetiva que ofrece la distancia vio que los límites de España no acababan en los confines marcados por sus fronteras físicas, sino en la demarcación establecida por sus pintores, sus músicos, sus escritores, sus pensadores, sus intelectuales, sus científicos e investigadores, y un explosivo pueblo de espíritus libres e indomables. Esto es realmente lo que hacía y hace a España un país grande.

Si algo aprendió Banderas durante las décadas de ausencia de España fue a ser agradecido. Hoy invita a sus compatriotas a dar las gracias a todos aquellos españoles que quisieron contar su historia y lo hicieron; quisieron poner melodías a nuestras vidas y lo consiguieron; que se enredaron a escribir poemas describiendo lo que no se puede medir ni pensar, y terminaron dotándonos de una personalidad, de un estilo, de una verdad identitaria única y propia. Y descendiendo al terreno de lo presente y de lo concreto, quiere mostrar agradecimiento al Instituto Franklin y a la Universidad de Alcalá por recordarle la importancia enorme que supuso y supone el haber sido invitado a compartir la California, a vivir la Florida o Broadway, a empaparse de unas esencias y experiencias vitales que impulsaron a Banderas a no tener miedo a amar lo que se ama, a no sentir vergüenza por sentir lo que se siente, a perseverar en el difícil trance de sacudirse los complejos, a abrazarse con aquellos que nacieron, vivieron y murieron en su casa. Esa casa a la que añoro y a la que ahora se acerca de nuevo. Esa casa llamada España en la que Banderas espera atar su barca sin haber perdido el

Norte y sabiendo que allí volverá a reunirse con José Antonio Domínguez del que tiene fundadas sospechas de que nunca perdió el Sur.

Muchas gracias

Antonio

Banderas.